



Federico de Roberto

Estremecimiento

Traducción de Elena Martínez

Estremecimiento, de Federico de Roberto, escrita a finales del XIX, es ante todo un precedente de la gran novela negra italiana del siglo XX, que sorprende por su modernidad y que ha sido especialmente relacionada con la novela negra de Leonardo Sciascia, quien fue atento lector y gran admirador de De Roberto.

Se trata de una magistral novela negra, con sus mejores ingredientes: suspense desde la primera página por la misteriosa muerte de la hermosa condesa d'Arda; la investigación en torno al posible asesinato por el juez-detective Ferpiere —un antecedente de los grandes detectives consagrados en la literatura del siglo XX—; la indagación psicológica que el juez lleva a cabo en paralelo a la investigación del caso; los sospechosos del posible crimen como protagonistas de esas pesquisas que lo son también sobre las profundidades del alma humana, y todo ello sin abandonar en ningún momento el suspense de la trama, que tiene en vilo al lector hasta la última página.

PRÓLOGO

Federico de Roberto (Nápoles, 1861-Catania, 1927) fue uno de los grandes escritores italianos del período de cambio del siglo XIX al XX. Nació en Nápoles en el año de la unificación italiana, y conoció a fondo la cultura del reino de las Dos Sicilias, pues su padre era napolitano y su madre siciliana, y en Sicilia pasó él la mayor parte de su vida. En Catania comenzó sus estudios, que orientó hacia la ciencia y que no concluyó, pese a lo cual se forjó una gran formación humanística en buena parte de manera autodidacta, mediante el estudio de los clásicos y del latín. Muy joven comenzó a colaborar en importantes medios escritos, y a los 20 años fundó el semanario *Don Quijote*, donde firmaba sus propios artículos con seudónimo. Tras vivir algunos años en Milán, regresó a Sicilia donde llevó una vida alejada de la fama, que conoció en escasa medida, ya que su gran reconocimiento, como a tantos grandes de la literatura, le llegó póstumamente.

De Roberto estuvo influido por el verismo literario italiano, escuela relacionada con el naturalismo francés, aunque con muchas singularidades y una fuerte personalidad que lo diferencian de este. Conoció y trató a Luigi Capuana y Giovanni Verga, padre del Verismo, a quien consideró su maestro y con quien mantuvo una estrecha relación. Fue también fuertemente influido por el psicologismo de Paul Bourget, y por el decadentismo europeo, sobre todo en su primera obra: *Ermanno Reali*, así como por el realismo de Flaubert y Maupassant. Todo ello queda reflejado en su

gran trilogía formada por *La ilusión* (Gadir, 2014), *Los virreyes* y *El imperio*, y, en uno u otro grado, en el resto de su obra.

Estremecimiento, forma parte de lo mejor de la obra del gran de Roberto, a pesar de no ser tan conocida, pues es al mismo tiempo un exponente de los valores sustanciales de su autor que sintetizan muchos de los de la novela del XIX —realismo, naturalismo, verismo y psicologismo—, y una «novela de género», sin duda un brillante precedente de la gran novela negra italiana del siglo XX. Escrita entre 1896 y 1897, fue publicada inicialmente por entregas e inmediatamente como libro, y fue objeto de revisiones sucesivas por su autor hasta la edición definitiva de 1925.

Estremecimiento, sin dejar de ser una novela decimonónica sorprende en muchos aspectos por su modernidad, y particularmente por la forma de combinar casi todos los elementos que arraigarían después en la novela negra del siglo XX. Ha sido especialmente relacionada con la novela negra de Leonardo Sciascia, quien fue atento lector y gran admirador de de Roberto.

Estremecimiento es una novela de personajes, en la que los perfiles de los protagonistas y su personalidad —la condesa d'Arda, del juez Ferpiere, Vérod, Zakunine, Alessandra, la revolucionaria rusa— desempeñan un papel esencial, pero es también, y sobre todo, una novela de trama, una magistral novela negra, con sus mejores ingredientes: el suspense desde la primera página por la misteriosa muerte de la hermosa condesa d'Arda; la investigación en torno al posible asesinato por el juez-detective Ferpiere —un antecedente de los grandes detectives consagrados en la literatura del siglo XX—; la indagación psicológica que el juez lleva a cabo en paralelo a la investigación del caso; los sospechosos del posible crimen como protagonistas de esas pesquisas que lo son también sobre las profundidades del alma humana; y todo ello sin abandonar en ningún mo-

mento el suspense de la trama, que tiene en vilo al lector hasta la última página.

Estremecimiento

I

Los hechos

Aquellos que pasaron el otoño de 1894 en el lago de Ginebra recuerdan aún sin duda el trágico caso de Ouchy, que produjo tanta impresión y dio tan prolongado alimento a la curiosidad no sólo entre la colonia de veraneantes esparcidos por todos los balnearios del lago, sino también en el gran público cosmopolita tal y como lo refirieron los periódicos.

El 5 de octubre, pocos minutos antes del mediodía, un disparo de arma de fuego y gritos confusos procedentes de *Cyclamens*, villa situada a mitad de camino entre Lausana y Ouchy, rompieron violentamente la habitual tranquilidad del lugar y atrajeron a vecinos y transeúntes. Esta villa había sido alquilada por una dama milanesa, la condesa de Arda, que la ocupaba cada año desde junio hasta noviembre. La amistad de ella con el príncipe Alessio Zakunine, revolucionario ruso condenado a la pena capital en su país, expulsado por ello de casi todos los estados de Europa y refugiado últimamente en el territorio de la Confederación, era conocida desde hacía tiempo.

El día de la tragedia los amantes estaban juntos; es más, fueron los gritos del príncipe Zakunine, con la detonación del arma, los que hicieron acudir a los sirvientes espeluznados, a los ojos de los cuales se presentó una tremenda visión: la condesa, a los pies de su cama, yacía exánime, con la sien derecha rota por un proyectil y el revólver junto a la mano. Y aunque el espectáculo de la muerte, de la muerte repentina y violenta, es tal que ningún otro le aventaja en

horror, con todo, la conmoción más fuerte no era la producida en los asistentes por la difunta, sino por el supèrstitute. Como una pálida flor de azalea venada de rojo, el rostro surcado de sangre de la infeliz se veía frío y céreo, pero nada revelaba contracciones de la agonía; más aún, una serenidad confiada y una especie aún de viva sonrisa lo animaban: con los labios violáceos un poco entreabiertos, entre los cuales se vislumbraba apenas la perlada línea de los dientes; con los párpados volteados y las pupilas dirigidas al cielo, la muerta parecía bienaventurada, casi no muerta todavía para poder atestiguar que fuera de la humana vida, en el silencio y en la sombra, ella encontraba al fin el bien y la alegría. Lívido y descompuesto, con el cabello de punta sobre la frente empapada de sudor helado, los ojos enloquecidos, los labios, las manos, toda la persona temblorosa como por fiebre, el príncipe Alessio infundía miedo. Tras pedir auxilio con roncós gritos, él estaba ahora de rodillas junto al cadáver, se llenaba de sangre al tocarla, y sólo dos breves y monótonas palabras le salían de la boca convulsa:

—¡Se acabó! ¡Se acabó!...

En aquellas palabras, en el acento desgarrado con el que las repetía, había un quebranto, un tormento, una desesperación sin remedio; y la muerta no parecía ya merecer tanta compasión como aquel vivo implacable, perdido por el dolor y él casi también incapaz de respirar. De hecho, cuando sus manos se cansaban de acariciar las manos, el cabello, la ropa de la exánime, él se las llevaba a la garganta con un gesto violento, como si quisiera ahogarse, y los sirvientes, las personas que allí habían acudido trataban de consolarle, de apartarle de la visión cruel; pero con ímpetu casi salvaje él alejaba entonces a todos de sí, extendiendo los brazos, poniéndose de pie: y tras dar vueltas tambaleante, como ebrio, por la estancia mortuoria, volvía luego a abatirse frente al cadáver.

La villa seguía abierta a los comparecientes, nadie pensaba en prohibir la entrada. Desde la cercana Casa de

Salud había llegado de inmediato el doctor Bérard; pero este sólo pudo certificar la muerte fulminante. A medida que la noticia se propagaba rápidamente entre la colonia de extranjeros, los curiosos, y especialmente todos aquellos que conocían a la condesa y al príncipe, sobrevinían. Sólo los sirvientes podían proporcionarles alguna información sobre lo ocurrido; como sordo, como ciego, el supèrstitute no se percataba de la presencia de las personas que estaban junto a él, que trataban de estrecharle la mano; no oía las palabras de condolencia, las preguntas de dolorida simpatía que la gente le dirigía. Ni las respuestas de los sirvientes arrojaban mucha luz sobre los acontecimientos. Estas se referían a las circunstancias exteriores de la catástrofe, decían que el príncipe había vuelto a la villa, tras una ausencia de algunas semanas, dos días antes; que esa mañana la señora se había levantado más pronto de lo habitual y se había quedado en la terraza una hora más o menos mientras su compañero trabajaba en el despacho con una mujer que había venido a verle hacia las nueve; que antes del desayuno, la condesa había enviado a la ciudad a Giulia, su antigua doncella italiana, para unos recados; que cuando el desayuno estaba a punto de ser servido el disparo había sobrecogido a todos; que desde el segundo piso, desde las habitaciones de los señores, el príncipe había bajado como loco a la planta baja pidiendo la ayuda de un médico; que todos habían subido precipitadamente a la habitación de la condesa, donde la extranjera, tras intentar socorrerla en vano, había tratado, también en vano, de consolar al desesperado.

En medio de la confusión, pocos habían notado la presencia de esta extraña. Era una joven de apenas veinte años, con el pelo rubio azafranado corto y peinado como las cabelleras masculinas, con los ojos claros y fríos, más bien pequeña de estatura, vestida de la cabeza a los pies de negro. Estaba erguida e inmóvil en el rincón de una ventana, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, casi sin

siquiera notar la curiosidad de la que empezaba a ser objeto. En el grupo de los más curiosos la baronesa de Borne, dama austríaca corta y gruesa, única de su sexo en acudir a la villa, no le quitaba la mirada de encima, aunque no paraba de hacer preguntas a los sirvientes que no sabían qué responder y de dirigirse a los presentes para comentar lo sucedido.

—¡Pobre mujer! ¡Pobre amiga!... —exclamaba—. ¿Pero por qué? ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?... ¿Y no ha escrito nada? ¿No se ha encontrado ninguna nota?... Quizá, si se busca... ¿Ha muerto en el acto? Sufría, es verdad; ¡pero no tanto como para no poder resistir!... Era fuerte, era una mujer muy fuerte, a pesar de esa figura suya tan tenue y delicada... Los dolores morales...

Con voz más baja, dirigiendo las palabras a un joven inglés de bigote rojizo, la frente despejada, añadió:

—¿Cree que era feliz?

El interrogado respondió con un gesto ambiguo, que podía significar tanto consenso como duda o ignorancia.

—¡Ese pobre príncipe!... —prosiguió entonces la baronesa sin dejar de mirar por el rabillo del ojo a la extranjera—. Es un suplicio verle sufrir así... Alguien debería persuadirle para que se aleje... —y estas palabras fueron dirigidas directamente a la joven desconocida; pero como ésta no respondió, la dama añadió— ¿Por qué al menos no ponemos el cuerpo sobre la cama?

Ella hablaba al otro lado de la multitud agrupada en torno al cadáver, y dado que entre los asistentes sus observaciones eran aprobadas, pedido y obtenido que la dejaran pasar, se acercó al príncipe. Que en aquel momento estaba apoyado contra los pies de la cama, con los brazos colgando, las manos contraídas y los ojos enloquecidos dirigidos aún hacia la muerta.

—No podemos dejarla así... ¿La llevamos a la cama?... ¿Quiere?...

Él no respondió, ni siquiera parecía haber oído. Cuando la baronesa le puso una mano sobre un hombro, se estremeció casi como atacado por una corriente magnética; y su mirada trastornada, perdida, extraviada, expresaba una angustia tan temible, que a la locuaz señora por un momento le faltaron las palabras.

—¡Qué desgracia!... ¡Qué dolor!... —dijo, turbada— ¡Pero hay que tener fuerza para resignarse al destino!... Doctor —añadió dirigiéndose a Bérard que en ese instante se acercaba al príncipe— ¿quitamos de ahí el cadáver?... ¡Me parece casi que la pobrecilla está sufriendo, tirada en el suelo!... ¿Y toda esta gente, no se podría rogarles que se alejaran?

—Sí... desde luego... —respondió el doctor aturdido y vacilante—. Pero antes de hacer nada es necesario esperar la llegada de los magistrados... ¿Se les ha avisado?

—Aquí están.

El murmullo de las voces curiosas se apagaba de hecho en la sala contigua: el juez de paz del distrito de Lausana, el comisario de policía, un doctor y dos gendarmes entraban en ese preciso momento.

Con su primera orden el juez hizo que salieran los indiscretos de la habitación mortuoria y de la sala: los gendarmes, frente a la puerta por la que esta sala y el salón contiguo se comunicaban, impidieron que entrara la gente. Sólo la extranjera con el doctor Bérard, que explicaba a su colega de la policía la inutilidad de cualquier atención y la rapidez de la muerte, y la baronesa de Borne que, no requerida, informaba locuazmente al juez de lo ocurrido, se quedaron con el príncipe y el comisario junto al cadáver.

—¿A qué atribuyen la funesta resolución? ¿No había nada que la hubiera hecho prever? —preguntó el juez.

Pero la baronesa, aunque no sabía callar, se encogió de hombros ante la pregunta y miró al príncipe para significar que sólo él podía responder.

Éste se pasó una mano por la frente, como enajenado, y dijo:

—Sí, había que preverlo... Yo tenía que haberlo previsto...

—¿Sufría mucho?

—Mucho... mucho... —respondió el otro, con un tono de tan profunda tristeza que el mismo magistrado se quedó un momento callado.

—¿Estaba enferma? —preguntó este último, tras un breve silencio, al doctor.

—Sí, de mal sutil^[1].

—¿Lo sabía?

—Sin duda. No se le podía ocultar nada. Tenía tanta inteligencia y tanto valor que las mentiras piadosas resultaban inútiles.

—¿No se podía esperar salvarla?

—Su enfermedad era de esas sobre cuyo final no hay mucho de qué engañarse; pero que a pesar de todo dejan vivir, con un adecuado régimen, largos años.

—¿Entonces, no ha sido sólo la enfermedad lo que la ha empujado a matarse?

—No sólo la enfermedad —repitió como un eco el príncipe Alessio.

Era, durante aquel triste interrogatorio, muy curiosa y casi cómica la vista de la baronesa de Borne, la cual, al no poder hablar, movía los labios, los ojos, sacudía la cabeza y toda la persona como para repetir sucesivamente las preguntas del juez, para confirmar las respuestas del doctor y del príncipe, para dejar claro que había previsto las unas y las otras, para advertir marcadamente que también ella tenía algo que observar.

—¡Desde luego!... ¡Así es!... ¡Justamente así!... Y con sus sentimientos religiosos...

—¿Cuáles eran? —preguntó el juez.

—He conocido a pocas mujeres con una fe tan sólida y ardiente —respondió el doctor.

—¿Verdad?... —interrumpió a su vez la baronesa— ¡No se puede ni creer lo grande que era su fervor! Yo sé algo de eso. No daba nunca un paseo que no tuviera una iglesia como meta. Sus excursiones favoritas eran al distrito de Echallens, a Brétigny, a Assens, a Villars-le-Terroir, por las iglesias católicas que allí se encuentran. Los domingos, las fiestas, pasaba largas horas aquí, en San Luis, de rodillas, hasta que ya no podía más... Querría precisamente observar: resulta incluso increíble cómo, con tanta fe, haya podido hacer lo que ha hecho.

El príncipe no decía ya nada. El estremecimiento nervioso que le había sacudido desde el principio se iba sedando; la descompuesta, violenta, temible expresión del lívido rostro y de los ojos rojos se trasformaba: pálido, consumido, deshecho, parecía a punto de fallecer también él.

—¿Estaba sola cuando se ha matado? —siguió interrogando el magistrado.

—Sola.

—¿Habló con ella, esta mañana?

—Sí, hablamos.

—¿Estaba triste?

—Mortalmente.

—Se podría ver si ha dejado algún escrito.

La baronesa, batiendo entonces una mano contra la otra, exclamó:

—¡Es lo que he dicho desde el principio!...

Y el comisario, tras un gesto del juez, se puso a buscar.

La habitación de la muerta no tenía muchos muebles. La cama, un armario con espejo, una cómoda, un pequeño escritorio colocado contra la ventana, a la luz, y un costurero, en un rincón, constituían toda la decoración. En el escritorio, dos pilas de libros ingleses de cubierta blanca, una caja de papel para las cartas, un archivador de tela antiguo y un tintero de viaje. Otros libros estaban sobre el costurero y sobre la mesita de noche junto a la cama. El comisario de policía los cogía uno a uno, abría los cajones de los mue-

bles, ninguno de los cuales estaba cerrado, y dada una ojeada a los objetos de elegancia femenina de los cuales estaban llenos, los cerraba. En el escritorio, viejas cajitas de cartón contenían la correspondencia epistolar de la difunta; había también un portafolio lleno de valores italianos y franceses y algún millar de liras en monedas de oro y de plata. En el fondo del cajón de la derecha una caja con forma de libro, recubierta de terciopelo negro, estaba cerrada con una llave minúscula; en el momento en el que el comisario estaba a punto de abrirla, el príncipe dio un paso hacia él, mientras decía:

—Es su libro de memorias... el diario de su vida...

Parecía, por el tono con el que había dado aquella indicación, por la actitud de toda su persona, que quería defender contra las miradas indiscretas el último pensamiento de su pobre amiga. Pero la baronesa de Borne:

—¡Aquí justamente podrá encontrarse algo!... —exclamó acercándose al juez, el cual cogía de las manos del comisario el libro que este había extraído de la custodia negra.

También este encuadernado en negro con adornos de plata, como un libro mortuario; y ya aquella visión hablaba de la tristeza y del dolor de los cuales la vida de la infeliz debía de haberse nutrido. El juez dio un rápido vistazo a las páginas: la escritura era más bien grande y fina, con poca tinta, elegante y de una nitidez admirable. El libro estaba más o menos lleno en sus tres cuartas partes; y el investigador se detenía con mayor atención en las últimas páginas; pero después de haber leído negó con la cabeza:

—No se entiende —dijo—; no es una confesión...

El comisario proseguía entretanto la búsqueda en una pequeña habitación contigua, el vestidor, donde otro armario, el lavabo y los baúles ocupaban todo el espacio disponible. No se encontró ningún papel. Al volver a la habitación, la atravesó dirigiéndose a la sala: aquí la búsqueda fue aún más breve e inútil; porque, además de los sillones y

los sofás, sólo una mesa llena de pequeños adornos y el piano sobre el cual estaba desplegada una partitura de Pessard lo decoraban. El comisario volvía sobre sus pasos, cuando una voz de llanto y exclamaciones de angustia le hicieron darse la vuelta: los gendarmes, obedeciendo las órdenes recibidas, prohibían la entrada a una mujer vestida de oscuro que llevaba sobre la cabeza el velo negro de las pueblerinas lombardas.

—¡Ay! ¡Señor! ¡Ay! ¡Señor!... —exclamaba, con las manos unidas con el rostro delgado surcado por lágrimas ardientes—. ¡Verla!... ¡Una vez más verla!... Mi señora... ¡Mi buena señora!... ¡Ay, señor, verla!...

Era Giulia que regresaba en ese momento: pequeña y delgada, de edad incierta, parecía destrozada por la angustia.

—Dejad que pase —ordenó el magistrado al cual la baronesa explicó que, habiendo servido a la muerta desde hacía muchísimos años, esta mujer había gozado de toda su confianza.

Y cuando, entrando inestable y lacrimosa, con las manos unidas, ella avanzó hacia el cadáver, el estremecimiento nervioso volvió a sacudir a la persona del príncipe, en su rostro volvió a leerse el aterrado extravío, el temible dolor de poco antes, casi como ante la vista de una persona querida de la muerta, casi como si el desgarró de esta persona recrudesciera su tormento. Él no miraba ya al cadáver sino a la que lloraba, y parecía que se propendiera hacia ella, que quisiera acercarse, como para unir el propio dolor al de ella, para hablarle de la muerta, para oírle hablar de la muerta. Todos, los hombres de la justicia, los doctores, la misma baronesa estaban impresionados por la ansiosa actitud de aquel doliente. Sólo la extranjera permanecía en actitud rígida, impasible y casi sin mirada.

— ¡Tal como lo dijo lo ha hecho!... ¡Dicho y hecho!... —gemía la mujer frente al cadáver—. Deseaba la muerte... la llamaba... ¡Ay, pobrecita!... ¡Ay, Señor!... y me mandó salir,